

LA DISCORDIA de la OTAN y ALGUNOS EXITOS U.S.A.

Por **EDUARDO HARO TEGLEN**

La Asamblea General de la ONU ha regresado, tras la visita del Papa, a sus dificultades típicas de acción y resolución. Está en una fase de monólogos. Muchos de ellos muy estimables, muy inteligentes. Otros, tan astutos que resultan favorecer lo contrario de lo que quieren decir. Por ejemplo de ellos, el de Michael Stewart, ministro de Asuntos Exteriores británico, que lleva a la Asamblea General las contradicciones específicas de su propio Gobierno laborista. Se le escucha defender, incluso apasionadamente, el ingreso de China en las Naciones Unidas, alegando que si ese tema hubiese sido resuelto hace años, no conocería hoy el mundo algunos de sus problemas amargos, pero estos argumentos los emplea después de defender la tesis de que ningún ingreso de nuevos miembros debe ser hecho por mayoría simple, sino por mayoría de dos tercios de la Asamblea, sabiendo perfectamente que China no puede alcanzar hoy ese «quorum». Gran Bretaña se debate en contradicciones. Quiere estar próxima a los países de su Commonwealth, con objeto de contener en lo posible la desintegración ya profundamente iniciada, pero no quiere perder su alineamiento con los Estados Unidos. Quiere tranquilizar al ala izquierda de su propio partido, pero no quiere que los votos fluctuantes de los moderados se le escapen en unas elecciones que deben ser próximas. Todo esto produce una sensación de vacío.

Sin embargo, una frase de Stewart en una conferencia de prensa celebrada en Nueva York, inmediatamente después de su discurso en la ONU, ha hecho pensar que Gran Bretaña se separaba de los Estados Unidos en un tema clave: el de la reestructuración atómica de la OTAN. «Ha llegado el momento —dice Stewart— de examinar con el nuevo Gobierno alemán y con nuestros aliados de la OTAN si la creación de una fuerza multilateral o de una fuerza nuclear atlántica serían más ventajosas para la OTAN misma que los beneficios que podrían obtenerse de una aproximación con el Este que condujese a un tratado sobre la no difusión de las armas nucleares». Muchos piensan que esta frase no tenía más objeto que la de servir de preparativo e introducción sonriente a la conversación que Stewart tendría poco después con el ministro soviético de Asuntos Exteriores, Gromyko; pero indudablemente ha tenido un alcance mucho mayor. El primer efecto ha sido causar una gran inquietud en Alemania federal, que codicia el arma atómica y que teme que un acuerdo sobre la no difusión sea «prematuro» y la deje sin su bomba. La Embajada alemana en Londres ha pedido inmediatamente aclaraciones acerca de esa frase al Foreign Office, que no se las ha podido dar, naturalmente. Dean Rusk ha tenido una conferencia con Stewart sobre ese tema, acompañado por McNamara y los especialistas de cuestiones militares —a Stewart le acompañaba el ministro británico de Defensa, lord Chalfont— y, al parecer, se ha llegado a la conclusión de abrir una serie de negociaciones con los principales países de la OTAN. Estados Unidos, por su parte, se ha apresurado a conferenciar con Alemania federal. Desde el mismo hospital, donde lentamente se repone

de su doble operación, Johnson ha organizado ya un viaje de Erhard a Washington, que se celebrará en noviembre, mientras el ministro de Defensa alemán, Von Hassel, va a Londres para dialogar con su colega inglés.

Casi al mismo tiempo que esta aparente defección inglesa a la tesis americana acerca de la OTAN se producía, también en Nueva York, un debate en la conferencia parlamentaria de la OTAN en el que el delegado francés, Boscher, expresaba sin ambages que la divergencia entre los aliados es «permanente» y que cualquiera de los dos proyectos previstos, el de la Fuerza Multilateral y el de la Fuerza Nuclear Atlántica, «no resuelven en absoluto el dilema de la alianza: establecer una igualdad de derechos y deberes entre los aliados en un contexto político-militar en el que la preponderancia de uno de ellos arrastre un desequilibrio permanente». Si la alusión a Estados Unidos no fuese demasiado clara, Boscher se ha preocupado de expresarla más minuciosamente al decir que «las verdaderas causas de preocupación están fuera de Europa» y obedecen a que la dirección del mundo occidental que los Estados Unidos «asumen ante los ojos de algunos Estados en vías de desarrollo» crea una cierta confusión entre la política de los Estados Unidos y la de la OTAN, mientras que, por otra parte, la utilización por parte de Estados Unidos de la «escalada» militar y política puede «comprometer la responsabilidad del conjunto de las naciones aliadas». Prácticamente, lo que Francia explica es que para que haya una estrategia, una dirección militar común y compartida, debe haber previamente una unidad de dirección política; claramente, Francia no acepta que esta dirección política sea la que están ejerciendo ahora los Estados Unidos.

PERO los Estados Unidos no parecen dispuestos a ceder en ningún extremo. Una serie de éxitos aparentes fortalecen a Johnson en estos momentos. La moral de la Casa Blanca es elevada. La temporada de los monzones en el Vietnam no ha sido tan adversa a los norteamericanos como se esperaba. Por el contrario, se cree en Washington que la fabulosa acumulación de medios bélicos en Vietnam —ciento cuarenta mil hombres repletos de armamento— ha hecho ya la guerra irreversible: «imperdible», dice el profesor Bernard Fall, a su regreso del Vietnam. Un militar americano citado por el corresponsal de «Le Monde», Alain Clément, es más entusiasta en su descripción: «Por pequeños o por grandes paquetes, ¿dónde quiere usted que vaya el Vietcong? ¿Para más tiempo ocupado en huir de nuestros aviones que en emboscarse? No tiene refugio ni santuario. Es un animal perseguido...». Es inútil decir



Los Estados Unidos no parecen decididos a ceder en ninguno de los problemas internacionales que actualmente tiene planteados. Una serie de éxitos aparentes fortalece a Johnson en estos momentos. La moral de la Casa Blanca es elevada. Los monzones en Vietnam no han sido tan adversos para los norteamericanos como se esperaba. En la foto, el Presidente sonríe mientras se recupera de su reciente operación. Le acompaña su esposa, también optimista como su marido.

(Foto TELEFOTO)

que desde el otro lado las cosas se ven de una manera muy distinta; en Hanoi y en Pekín se sostiene la tesis de que los americanos han caído enteramente en la trampa típica de las guerrillas, que les fuerza a comprometer cada vez mayor número de soldados de moral baja, movimientos difíciles e ignorancia del terreno; que la abundancia de estos «ocupantes extranjeros» aumenta el número de patriotas partidarios del Vietcong, y que las guerrillas se mueven, según la frase de Mao-Tse-tung, «como el pez en el agua» hasta que llegue el momento de un «segundo Dien Bien Fu».

A la alta moral de la Casa Blanca contribuyen otros hechos actuales. Indonesia ha dado un paso hacia Occidente. La conferencia de Argel ha perdido todo su mordiente: hasta China la reniega, y lo que habría de ser el «segundo Bandoeng» previsto por el mundo afroasiático, si se llega a celebrar en la fecha prevista, carecerá de importancia estratégica. Nasser es cada vez menos escuchado en el tercer mundo... La quiebra de lo que un día fue el «tercer mundo» está clara; mientras se conforma, se reforma, se hace de nuevo, los Estados Unidos tienen una sensación de poderío, que es precisamente la que buscaba Johnson.

Ciertamente los problemas de Europa, las divergencias de sus antiguos aliados, deben importarle menos en estos momentos. No hay peligro en Europa. Grecia parece por el momento doblegada a la solución impuesta por el Rey. Turquía ha resuelto sus recientes elecciones con un triunfo de los partidarios de Menderes —que fue el gran defensor de la política americana y que fue ahorcado por quienes hoy parecen votar a sus sucesores po-

líticos—. Las inquietudes que venían de Africa, de Asia, parecen entrar en vías de solución. En Hispanoamérica, en cambio, hay un intento de revolución cada día; hasta ahora, ninguno de esos movimientos ha triunfado. Johnson, desde su habitación de enfermo, puede contemplar la vida con cierto optimismo.

ES engañoso ese optimismo? Ha quedado explicado más de una vez que la Historia se mueve por corrientes subterráneas que muchas veces escapan de las páginas de los periódicos y hasta de los libros de los historiadores. Esos movimientos están en razón directa del crecimiento constante de las masas populares —y no empleo aquí la palabra masa en el sentido peyorativo que le daba, por ejemplo, Ortega y Gasset, o que le dan los filósofos aristocráticos alemanes, sino en un sentido de pueblo vivo— y del impulso hacia arriba de esos pueblos, irresistible y decididamente irreversible. Ningún imperio ha resistido ese impulso. La anécdota de un momento no puede considerarse nunca como definitiva. La oportunidad que tiene Estados Unidos y que se le presenta repetidamente, alternativamente —cada vez que el balance de la situación mundial se inclina en su favor— es la de impulsar esos movimientos en favor de una integración. Kennedy tuvo unos meses de lucidez en los que pareció verlo así: apenas había iniciado su política cuando fue segado. Johnson está siguiendo la política contraria. No se puede calcular cuánto durará.